

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular* y *Museo de las Familias*, y 4 rs. portres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. portres meses para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular* y *Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

EL ASNO MUERTO

Y LA MUJER GUILLOTINADA.

(Continuacion.)

CAPITULO VIII.

De la deformidad moral.

¡Oh, horrible, horrible, horrible!
HAMLET.

Entretanto, sin quererlo, habia yo hecho un descubrimiento importante; acababa de aprender que aun en el horror, la naturaleza moral era por lo menos igual á la naturaleza física; que la lepra del corazon era tan asquerosa como otra cualquiera; y que supuesto la forzosa necesidad en que nos hallamos del horror, hubiera sido quizá prudente no detenerse en las torturas corporales: este era, pues, el problema que yo debía buscar en adelante, debía pasar por entre los tormentos de estas dos criminales naturalezas. ¡Infeliz de mí! Esta ciencia me costaba ya caro, me costaba mi alegría, mi reposo, mi felicidad; de una cuestion literaria habia hecho al principio una cuestion de amor, y al fin iba á hacer una cuestion de tribunal criminal. Hallábame ya demasiado adelantado para retroceder, veíame como un hombre que ha comenzado una coleccion de insectos, y que para completarla tiene forzosamente que adoptar los mas asquerosos.

Por otra parte, este triste y cruel estudio debia en mi opinion, conducirme al conocimiento de los hombres con mas seguridad que todos los libros de los moralistas. Se han escrito sobre la naturaleza moral muchos tratados que no prueban nada; habiéndose parado en insignificantes apariencias, cuando debiera haberse ahondado hasta el fondo. ¿Qué me importan nuestras costumbres de salon en una sociedad que no viviria un dia siquiera, si perdiese sus soplonos de policía, sus carceleros, sus verdugos, sus casas de juego y de disolucion, sus bodegones y sus teatros? En

mi plan entraba conocer estos agentes principales de la accion social, tanto mas cuanto que por medio de ellos deb'a yo libertarme por un instante de las torturas del mundo físico, en que me habia ocupado hasta entonces.

Púseme pues á estudiar los héroes de mi historia, y vi de todas especies de seres. Estudié el espionaje en grande, en los fondistas, en los grandes señores, y en las damas del gran tono; el espionaje en pequeño, en los bodegones, en las plazas públicas, y en las esquinas de las calles; y nada me ha sorprendido tanto en mi vida, como ver á esa casta de gentes ser padres de familias, mirar con sonrisa á sus mugeres, acariciar á sus hijos y tener amigos que no eran de su especie, y que iban á comer á su mesa: un hombre de bien no lo hubiera hecho mejor.

Un dia vi entrar á una oficina de policía á un hombre andrajoso, con la barba larga, los cabellos en desorden, cubierto de manchas y que daba horror el mirarle; y un momento despues le vi volver á salir decentemente vestido, con la cruz de la legion de honor al pecho y con un rostro venerable, dirigiéndose á comer á casa de un magistrado.

Transformacion tan súbita me dió miedo, y pensé con terror que tal vez era de este modo como los dos extremos se tocaban.

Otra vez vi á un empleado subalterno de las casas públicas de juego, que despues de haber estado contemplando toda la noche con la mayor impasibilidad la ruina y la desesperacion de muchas familias, se recogia por la mañana, y daba su capa á un pobre helado de frio.

Este justo medio entre el vicio y la virtud, entre la crueldad y la compasion, me causó mas espanto que el extremo de la calle de Santa Ana.

Tambien vi á una muger empleada en la lotería, jóven y linda, sentada delante de su mostrador al lado de un jóven gallardo, oyendo tranquilamente sus palabras amorosas, mientras que con indiferencia vendia á los pobres obreros un papel infame que debia colmar su miseria.

Este amor en presencia de una rueda de fortuna, me hizo estremecer.

Vi en fin, á un censor arrellanado en su poltrona, cortando el pensamiento de un hombre, como si solo se tratase de cortarle la cabeza; un

ser embriagado que mutilaba una opinion como un buen soldado que se bate con un enemigo.

Entre todas esas inmundicias sociales nunca vi nada mas despiadado que un censor.

CAPITULO IX.

El inventario.

Todos esos bienes son tuyos.
SATANAS.

Si llevo á olvidaros no amaré á nadie mas.
FEDERICO SOULIÉ.

De vuelta á mi habitacion sitiábanme esas funestas imágenes; el mundo físico visto de cerca me habia hecho infeliz, el mundo moral observado con un lente me habia hecho miserable; á fuerza de poesía habia llegado á detestar á los hombres, á fuerza de realidad me figuraba que debia detestar la vida. ¡De qué altura habia caido, yo, que en otro tiempo me sentia perseguido de tanta dicha, yo que á cada paso, á cada movimiento, me felicitaba de vivir, yo que veia el universo por un prisma de color de rosa! Mi vida estaba marchita, mi universo cambiado: sin saberlo me habia metido en un intrincado drama del cual era menester salir á toda costa, y no le hallaba el desenlace. Me resolví, pues, á hallarle forzosamente uno, y abrí maquiualmente mi pesado escritorio de ébano, embutido de nacar amarillento, mueble precioso de mi vida doméstica, poema completo esparcido en diferentes cajones, á los cuales pasé melancólicamente revista; revista tan divertida como un recuerdo.

Primeramente ved allí en medio una porcion considerable de papeles viejos: esos son versos de jóven, planes de dramas, libros comenzados, un aborto completo; un edificio medio levantado nada mas, y ya ruinoso; ni uno de esos pensamientos que me devoraban ha salido á luz, ni uno siquiera ha encontrado eco fuera de mí, ninguno ha ocupado la memoria de los demas ni aun la mia; en las artes de la imaginacion el pensar no es lo mas difícil; lo mas difícil es producir el pensamiento, lanzarle al público, tan completo que llame la atencion, tan ataviado que seduzca. Jóven y fuerte, me faltó sin embargo el valor; como una criada torpe ó perezosa, dejé á mi diosa medio desnuda, no con la decente y graciosa desnudez que es la suma perfeccion del arte, sino con aquella fea desnudez que ofende: una media mal estirada sujeta con una liga vieja, un corsé con todo su trabajo á la vista, unas enaguas sin gracia, todas las ropas menores sin una gasa tan solo por encima. He ahí lo que ocupa mi primer cajon.

El segundo está casi vacío: contiene papeles de familia, algunos títulos de propiedad, rentas compradas despues de tantos sudores sobre los fondos del estado, mi testamento que solo tiene dos

líneas... ¡mi libertad, mi dulce y preciosa libertad en esos papeluchos! Quemad ese cajon, y mañana vuelvo á ser plebe, mañana no soy mas que un mercenario, un mercader de agudezas á falta de otra cosa mejor, un pájaro sin rama que desde el primer dia de la primavera divisa el invierno sombrío. No obstante eso, un cajon tan precioso para mi existencia es el único que no está cerrado, y en cambio el cajon inmediato se halla defendido por dos cerraduras; trátase de dinero en el cajon abierto; trátase de corazon en el cerrado, por eso lo estará siempre.

Yo no soy de los que se rien de un amor perdido; he experimentado que un amor no se reemplaza con otro amor; el segundo perjudica al tercero, el tercero al cuarto, se debilitan los unos á los otros, como el círculo frágil que riza la onda agitada por la piedra de un niño; sobre todo hay una muger á quien no se reemplaza jamás, tal es la segunda muger que se ama.

Todo esto se encuentra escalonado en mi cajon: cartas, cabellos, sortijas, algunos retratos, brazaletes rotos: aunque fuese de noche, conoceria cada cosa por el olor, por la forma, por un no sé qué fácil para mí de adivinar. Estos cabellos negros eran extranjeros, y adornaban una cabeza imperiosa y altiva; niño todavia, á pesar de las mas tiernas caricias, no me atrevia á fijar mis ojos en los suyos negros y ardientes; este amor me dió miedo, y rompí con él comenzando violentamente mi educacion de jóven.

Ya veis estas cartas; papel basto, letras gordas, lenguaje extraño, inteligible solamente para aquel á quien se ama; de la gran señora me habia elevado á la obrera, á una muchacha dulce y jóven, que todo lo recibia de mí, á quien yo amaba con locura, que venia por las mañanas, se echaba sonriendo sobre mi alfombra, y en ella medio durmiendo, medio despierta, ora mirándome trabajar con calma y satisfaccion, ora impacientándose ligeramente, pasaba horas enteras aguardando el momento venturoso en que envanece por ir colgada de mi brazo, encantada con su beldad tierna, se dejaba conducir á nuestras fiestas, á nuestros espectáculos, á todas partes á donde para ser bien recibida bastaba con ser jóven y graciosa.

Aquí hay un brazaletes que guardo con esmero; habia prometido ir á devolverle yo mismo, pero le guardo. Me fué dado en un momento de loca embriaguez; era por la noche, y no la conocia; me cogió de la mano, me llevó á su brillante retrete; aunque hubiera suspirado por ella un año entero, no me habria amado mas.—asi te has posesionado de un puesto en mi escritorio, buena chica: plegue al cielo concederte, cuando llegues á los treinta años, una plaza en el hospital ó en las arrepentidas, supuesto que ahí has de venir á parar tarde ó temprano!

Tambien tengo el anillo de una desposada, un guantecillo amarillo y bordado, y un largo velo verde cuya historia me hace estremecer.

Por tí hubiera dado yo todo esto, Enriqueta,
todo esto, si hubieses querido acordarte de Buchí.

CAPITULO X.

Poesía.

Inaudita.

ODAS.

Ya acababa mi inventario, cuando puse la mano sobre un paquete cerrado y sellado cuidadosamente, que aun estaba por enviar á su destino, y que se habia quedado allí como una cosa que ya no me pertenecía, como un depósito sagrado que no podía yo violar sin delito; á pesar de esto, por no sé qué curiosidad criminal abrí el paquete misterioso. Dentro de él habia un pañuelo de seda, cuyo color era evidentemente de una moda ya pasada, y á su lado un simple billete muy bien cerrado que conservaba todavía un ligero y suave perfume, precursor delicado de palabras amorosas. Abrí el billete, cuya magnífica letra me impidió creer al principio que fuese de mi puño, y no sin una profunda emocion lei de nuevo los siguientes versos que tenia olvidados largo tiempo hacía:

¿Ese lienzo te agrada? te le envío:
Y si á solas, la noche venidera,
Con él, hermosa niña, rodeares
Tu negra cabellera;

Si el sueño, tu sonrisa adormeciendo,
Reinar solo dejáre en la dulzura
De tus alegres y rosados labios
Tu nítida hermosura;

Y escondida la luz de esos tus ojos,
Mas dulce que la luz del firmamento,
Solos te acompañaren los suspiros
De tu suave aliento;

Entonces una voz triste y ligera,
Como el canto del silfo que, del hada
Volando en pos, el tallo no doblega
De la lis delicada,

Hablándote al oído cariñosa,
Te dirá con ardor y con cautela:
Tu duermes, mas él vela, criatura,
Y solo por tí vela.

El busca de la historia las lecciones,
Fábulas, pensamientos dolorosos,
Acentos de alegría y de victoria,
Y versos amorosos.

Busca una palma escelsa, una corona,
Para decir ante tus pies postrado:
Te amo, y por tu gloria solamente,
Quise ser coronado.

Si, por tí busca un nombre que no muera,
Que á tu adorado nombre siempre unido
Te ofrezca el porvenir triunfando siempre
Del implacable olvido.

Que á todos los amantes corazones
Revele esta pasión, á mí tan cara,
Y tu nombre, mas dulce que el de Delia
Que á Tibulo inspirára.

Mas si esos pliegues de tegida seda,
Que han de ceñir tus bucles y tu frente,
De algun rival acaso venturoso
Deshace el beso ardiente,

Aunque llegáres á ocultar tus goces
Debajo de una llave y otra llave,
Esa voz, penetrando hasta tu lecho,
Será terrible y grave:

Mas fuerte que el graznido con que anuncia
Ave funesta el huracan vecino,
Y mas triste que el canto funerario
Que turba al asesino,

Ella te gritará; « ¡piensa en mañana!
Traicion te hará el carmin de tu megilla...
¡Guárdate! ¡siempre piensa en la venganza
El pecho á quien se humilla!»

Pero no, si á un rival en negra noche
Ese lienzo ha de ser trofeo impio,
Lánzale antes al fuego, y en él arda,
Cual arde el pecho mio.

Cerré con violencia el cajon, y en la tabla inmediata ví mis pistolas: son dos armas hermosas trabajadas por Steleim, artísticamente cinceladas y de un soberbio temple. Divertime en contemplarlas, en mirar una y otra vez la cabeza de javalí grabada sobre la llave, y maquinalmente mi sangre comenzó á encenderse y mi pecho á latir con fuerza; sentíame dichoso con una dicha tan cruel pero tan viva, que no sé lo que hubiera sucedido, sino hubiese oído dar un ligero golpe á mi puerta.—Adentro, niña, dije, y la puerta se abrió.

CAPITULO XI.

Jenny.

Busca.

TEODORO BURELL.

A medida que la amable niña entraba en mi cuarto, la pistola, que habia yo levantado á la altura de mi cabeza, se iba bajando sensiblemente, y al último paso de la criatura, el arma se hallaba de nuevo en su sitio acostumbrado.—¿Qué buenas nuevas me traeis, amable Jenny? le dije con serenidad; ¿habeis perdido algunos otros fragmentos de

mi guardaropa, ó quemado la mejor de mis camisas?—Una buena nueva, señor; me caso mañana.

Yo me sentí herido como de un rayo; hacía seis años que la trataba como á una niña; aquella misma mañana había guardado algunas golosinas para ella, y ¡ella iba á casarse, la chiquitita Jenny, una criatura! Miréla entonces, y en efecto observé que la cosa nada tenía de extraño: dí un profundo suspiro y levantándome furioso, exclamé:

—¡Maldito sea el primero á quien se ocurrió hacer del horror un oficio y una mercadería! ¡maldita sea la nueva escuela poética con sus verdugos y sus fantasmas! Unos y otros han trastornado todo mi ser, y á fuerza de hacerme observar el mundo moral en sus mas misteriosas influencias, me ha impedido advertir que la linda Jenny no era ya una niña. Perdóname, tierna Jenny, le dije acercándome á ella, me había imaginado que siempre serías niña. Y Jenny, que ya iba á llorar comenzó de nuevo á reír, y presentándome su robusta megilla me dijo: ¿no dais un beso hoy á vuest'ra niña Jenny?

—Ledoy respetuosamente, respondí yo inclinándome, á una venerable novia.

—No, á vuestra niña Jenny, replicó ella.

—Bien, á mi niña Jenny, sea; y no pude contener un ruidoso suspiro.

—Vendréis á la boda, ¿no es así? me preguntó Jenny jugando con las vueltas de mi casaca; os aguardaremos.

—Con mucho gusto, señora. Al decirle esto, se separó de mí á todo correr: púseme á la ventana, y un momento despues la ví subir á una pesada carreta de lavandera, tirada por un gran caballo normando, y dirigida por Jenny con tanta facilidad como la que puede tener un cochero del arrabal de San German que conduce á su noble ama á la iglesia de San Sulpicio.

A la mañana siguiente me encaminé hácia las Batiñolas, donde ví el acompañamiento de la boda que era numeroso y que pasó delante de mí antes de ir á la iglesia. A la cabeza iba Jenny, cubierta de cintas, con un enorme ramillete de flor de naranja en la mano: seguía su esposo, guapo muchacho muy insignificante, y tras él la carabana ordinaria, la madre enternecida, el padre orgulloso con un vestido nuevo, las *comadres* del barrio, y un embriagador aroma de cocina exalado por el mas célebre fondista del pais. Yo seguí á Jenny hasta el altar, donde parecía no haber hecho otra cosa en toda su vida: dijo *si* con un tono firme y decidido, rezó una breve oracion, y se levantó. Me había yo apresurado á recibirla á la salida y le ofrecí con gravedad el agua bendita: ¡cosa extraña! fui feliz al sentir su dedo tocar al mio, yo que llevaba seis años de besarla libremente dos veces por semana: ¡Jenny pertenecía á otro! Entretanto calculaba yo sus probabilidades de ventura: compensaba sus dias de reposo con sus dias de trabajo, y me parecía que aquel instante, el mas hermoso de su vida, su bello dia de boda, tenía ya la fisonomía de un dia muy vulgar. Podeis creerme, la larga ceremo-

nia del matrimonio es causa de muchos celibatos. Pasados los primeros cumplimientos, dejé á la gente de la boda entregarse á sus diversiones báquicas; me despedí de Jenny, que me acompañó hasta la puerta, y me separé de ella con sentimiento. ¿Será posible, pues, exclamé, que el amor no se conozca en su principio? ¿podrá suceder que esté uno enamorado sin saberlo? A esta idea, me estremeceí involuntariamente.

¡Infeliz de mí! en vano queria disimulármelo á mí mismo; no era Jenny la que me hacia tan miserable; no era yo juguete de un amor ignorado; ¡demasiado bien sabia cual era el objeto á quien había ligado mi existencia! ¿Porqué no obrar, pues, desventurado? ¡Y cómo obrar! ¡cómo hablar á quien no puede comprender! Pero ¿qué importa que comprenda? ¿con qué derecho querer ensanchar el círculo dentro del cual se agita el corazón de unamuger? ¿con qué derecho exigir de ella lo que no puede dar? Y veíame á punto de creer que la fatalidad de los orientales pudiera muy bien ser una cosa mas razonable de lo que se piensa.

CAPITULO XII.

El modelo al natural.

¡Un gusano, mi Dios!

BOSSUET.

Al entrar por la barrera, me encontré cara á cara con un hombre de edad madura y de rostro muy hermoso, adornado con una barba larga y negra, y habiéndome parado á mirarle con atención me dijo:

—Si quieres verme, págame: soy el modelo vivo de la naturaleza mas perfecta, y de ello vas á juzgar por tus propios ojos:

Me apoyé en un árbol, y contesté al hombre:—Representa á Apolo, y ponte hermoso, si quieres que te pague.

Púsose enteramente derecho, escondióse la barba en la garganta, retiró un pié hácia atrás, alzó los ojos al cielo, ensanchó sus narices, y dejó caer el brazo izquierdo con toda libertad. ¡Qué hermoso hombre! dije entre mí, y por un movimiento de envidia continué hablando con él: ahora, representa á un esclavo romano á quien van á azotar por haber robado higos.

Al momento se puso de rodillas, encorvó la espalda, bajó la cabeza, se apoyó en sus dos manos nerviosas, y arrastrándose hasta mí, me miró con el aire afable y temeroso de un perro que ha perdido á su amo. Poca diferencia, dije para mí, hay entre un esclavo y un amo; y como para vengarle de su bajeza: ahora, le grité, representa á un esclavo que ha matado á su amo y se rebela.

Volvió á levantarse, se apoyó solamente en una rodilla, hizo como que cogía con ambas manos á un hombre degollado, abrió una ancha boca, y con los ojos medio cerrados y el oído alerta, parecía

saborear por todos los sentidos el placer de la venganza: á mí me dió miedo.—¿Puedes representar á un borracho? le pregunté.

—Yo no represento jamás la embriaguez, me respondió levantándose; si me pagas bien, esta noche me verás en una esquina borracho como una cuba, y me verás de valde.

Le tiré una moneda: el Apolo, el esclavo, vuelto á ser hombre vulgar, no tuvo para darme gracias sino una sonrisa imbécil y una espresion de hielo: ¡un ser tan hermoso y tan nulo, un cómico tan inteligente, un mendigo tan estúpido! Estuve para volver á mi tema, pero el caso me hizo reír, y me envanecí al verme todavía contento.

Al mismo tiempo un muchacho savoyardo, ocioso, sin cuidados y sin cálculos como todos ellos tienen la felicidad de vivir, habiéndose imaginado sin duda que yo era algún inocente, dió á correr detras de mí gritándome: ¡dadme una monedita, mi capitán!

—El capitán estaba sordo.— ¡Mi general! —El general seguía su camino.— ¡Príncipe mío! —Nada.— ¡Rey mío! —Ya estuve para darle, pero quise ver hasta donde iría. El cuitado había agotado sus títulos; así es que se paró mirando tristemente como me alejaba; mas al verle inmóvil retrocedí y le dije encolerizado; ¡Imbécil, supuesto que tanto has hecho, llámame *tu Dios*! — ¡Dadme una monedita, ¡Dios mío! exclamó él entonces juntando las manos.

Yo le dí para pasar el puente de las Artes.

CAPITULO XIII.

El padre y la madre.

Oh hija demasiado querida todavía!
LUSIÑAN.

Un día tan alegremente pasado me proporcionó una noche deliciosa y mil ensueños alhagüenos, y al despertarme á la mañana siguiente me sorprendió el hallarme con la cabeza ligera y la imaginación libre. Entonces estirándome blandamente en la cama, me puse á saborear con sosiego mi despertar, como otras veces cuando envanecido con tantas obras maestras de segunda mano como adornan mi cuarto, las analizaba lentamente, haciéndolas presenciarse mi regocijo matutino. Resolví, pues, ser todavía dichoso al menos un día, un solo día de calma y de ilusión. Me hallaba lo mismo que el alquimista que busca la piedra filosofal, que deja á un lado sus hornillas y su alambique por un momento, que se atavía con su mejor ropaje, y que se vá á pasear tan sencillamente como sino estuviese en vísperas de tener millones.

Pensando en mi piedra filosofal, me comencé á vestir, á ataviarme, á ponerme alegre y á tararear una pieza nueva que tocaba un organillo debajo de mis ventanas. En seguida salí y por un costumbre antigua dirigí mis pasos hácia Vanvres.

Llegado en frente del *Buen Conejo*, me detuve de repente: ¡allí era donde había yo marchitado mi vida sin saberlo! ¡En aquel alegre sitio era donde había yo concebido la loca idea de seguir hasta su término como testigo impassible y perseverante, el destino de una muchacha! al cabo entré en el jardín; hacía calor, pero un calor de otoño, un sol pesado y molesto del cual defienden mal las hojas amarillentas y marchitas. Sentéme junto á mi mesa de costumbre, en la cual había yo trazado en otro tiempo mi cifra artísticamente enlazada con una L gótica; la cifra existía aun, pero estaba medio borrada y rodeada de otras cifras mas recientes y quizá igualmente perecederas. ¡Qué de momentos alegres había yo pasado junto á aquella mesa! ¡qué tranquilas contemplaciones! ¡qué de veces en aquel mismo sitio y sobre las inmóviles ramas no había visto mecerse el tegido rosado y el ligero sombrero! Volviéndome á mirar hácia el fondo del jardín, no ví mas que una gran señora, ricamente vestida, sentada en frente de un hermoso jóven que parecía hablarla con fuego, y á quien ella escuchaba con desden ó con enojo.

La actitud de aquella muger atrajo mis miradas, y un elegante contorno me inspiró el deseo de verle el rostro: no sé que vago presentimiento me decía que iba á conocerla, pero por mas que la miraba, ella no se volvía. Al mismo tiempo entró por la puerta del jardín, que estaba entornada, un hombre enfermo y pobre, que guiado por una anciana, se presentaba á pedir limosna: sus maneras eran decentes, y su voz no tenía nada de lastimera; yo le dí, y en seguida se dirigió á la gran señora, la cual le despidió con dureza; mas cuando iba á retirarse, mirándola con atención, dijo á la anciana —Muger ¿no creería cualquiera que esta es nuestra hija? —La pobre muger lanzó un hondo suspiro, porque al momento había conocido á su hija: el anciano quiso abrazar á esta y perdonarla, pero ella le volvió las espaldas con desprecio.— ¡En nombre de tu anciano padre, hija mía, reconócenos aun, á nosotros que tanto te hemos llorado! —Y ella volvía á otro lado los ojos.— ¡En nombre del cielo, decía la madre, reconócenos á nosotros que te perdonamos! —Siempre el mismo silencio. Yo estaba fuera de mí: me levanté, y exclamé: —En nombre de Buchí, contemplad á vuestros pies á vuestro anciano padre.— Los dos ancianos le alargaban los brazos; pero al nombre de Buchí ella se levantó y salió del jardín, volviendo á otro lado la cabeza y seguida del jóven que parecía consternado.

Apenas hubo desaparecido su blanco trage por el umbral de la puerta, el anciano se sentó á mi lado, y con aire casi risueño me dijo: —¿Conque conocías á mi Buchí? — ¡Que si lo conocía, buen hombre! algo mas que conocerle: he montado en él, y sin agraviar á nadie, era un digno jumento, bajo mi palabra.

— ¡Ah! sí, un digno jumento, replicó el anciano; un rucio que llevaba veinte cargas de estiércol

al dia, añadió apurando el vaso de su hija, y comiéndose el pan que esta habia dejado.

—¿Como, pues, le pregunté yo, habeis perdido ese digno compañero?

—¡Ah! respondió él, mi muger le entregaba con frecuencia á nuestra Enriqueta; amábamos tanto á esa hija, que mas de una vez he llevado yo mismo la carga de Buchí para que él pudiese pasear á Enriqueta. Un dia, me acordaré de él mientras viva, Buchí y Enriqueta se fueron para no volver mas, mi muger lloraba por su Enriqueta, y yo lloraba por los dos; esta pérdida nos arruinó, me fué imposible trabajar largo tiempo para comer, y héme aquí con mi morral y mi pálo.

—Pobre, pobre Enriqueta! dijo la anciana.

—Si, ¡pobre Enriqueta! y pobre, pobre Buchí! añadió el anciano; porque me imagino que habrá tenido un triste fin.

—¡Ciertamente un triste fin! repliqué. ¡Yo le he visto morir! ¡unos perros le han devorado, y ha sido para divertirme un instante!

A estas palabras los dos ancianos retrocedieron espantados, y salieron del jardin.

En vano quise tranquilizarlos y detenerlos; no pude conseguir que me escuchasen, y se alejaron mas indignados de mi barbárie que de la de su hija.

En efecto, ¿con qué derecho podía yo causarles un disgusto, yo que para ellos no era sino un extranjero?

CAPITULO XIV.

Memorias de un ahorcado.

El ahorcado resucita.
LA FONTAINE.

Volvia de mi paseo, buscando en vano todo el placer que me habia imaginado hallar, cuando en medio del camino alcancé a un viagero que iba mas despacio; un mozo alegre, sin cuidados, aficionado al buen vino y la buena mesa, que se conocia caminaba sin objeto, poco inquieto de la posada para la noche ni de la comida para el dia siguiente; su figura era franca y abierta, respiraba por toda su persona la aventura, y sin duda alguna en punto á la vida la aventura es una cosa buena. Yo he observado siempre que el hombre que francamente se abandona á ella, tiene un cierto aire de fuerza y de libertad que dá gusto ver: así era el viagero; y como yo queria divertirme á toda costa, y él por otra parte no tenia el aspecto fiero, me puse á andar á su lado; era un buen sugeto, y me dirigió la palabra:

—¿Vais á París, caballero? me dijo con indiferencia; porque en ese caso me enseñareis el camino que he perdido ya dos veces en todas estas encrucijadas.

—Con mucho gusto, amigo, no teneis mas que seguirme, y entraremos juntos en París, bien que

á decir verdad, no parece que teneis la mayor prisa por llegar allá.

—Yo nunca he tenido prisa por llegar á ninguna parte, siempre que me he hallado en sitio seguro; tal como me veis aquí, mas bien he vivido como un vecino sosegado que como un caballero errante. Hay en Italia mas de una roca, sobre la cual he estado yo quince dias en emboscada, con el oido alerta, el ojo listo y la carabina en la mano, aguardando la caza que no llegaba.

—Como, caballero, ¿seríais por ventura uno de esos atrevidos bandoleros sicilianos de los cuales he oido tan agradables cuentos de asesinato y de robo, y cuya arriesgada vida ha inspirado tan perfectamente á Salvator Rosa?

—Precisamente, respondió el bandolero; he sido en mis tiempos uno de esos atrevidos sicilianos, un jovial y animoso bandido que robaba á un hombre en el camino real tan hábilmente, como un ratero francés puede robar un miserable bolsillo en la feria de un villorro. Al decir esto bajo la cabeza, y lanzó un profundo suspiro.

—Me parece que debeis echar mucho de menos esa hermosa vida, le dije con aire del mayor interés.

—¡Si la echo de menos, caballero! vivir de otra manera no es vivir: nada iguala debajo del sol á un digno habitante de las montañas. Figuraos un jóven de diez y ocho años, ropa verde con botones de oro, cabellos elegantemente trenzados y sujetos con una redecilla ligera, rico ceñidor de seda con las pistolas colgadas de él, sable ancho arrastrando y despidiendo un sonido formidable, carabina brillante como el oro á las espaldas, y puñal al lado de mango retorcido; figuraos, dijo, un bandido jóven, armado de esta manera, apostado en lo alto de una roca, desafiando al abismo, cantando y batiéndose alternativamente, ya haciendo alianza con el papa, ya con el emperador, poniendo á precio al extranjero como á un esclavo, bebiendo rosoli como agua, siendo la delicia de las tabernas y de las muchachas, y seguro siempre de morir en una horca ó en la cama de un gran señor: he ahí el buen oficio que yo he perdido.

(Se continuará.)

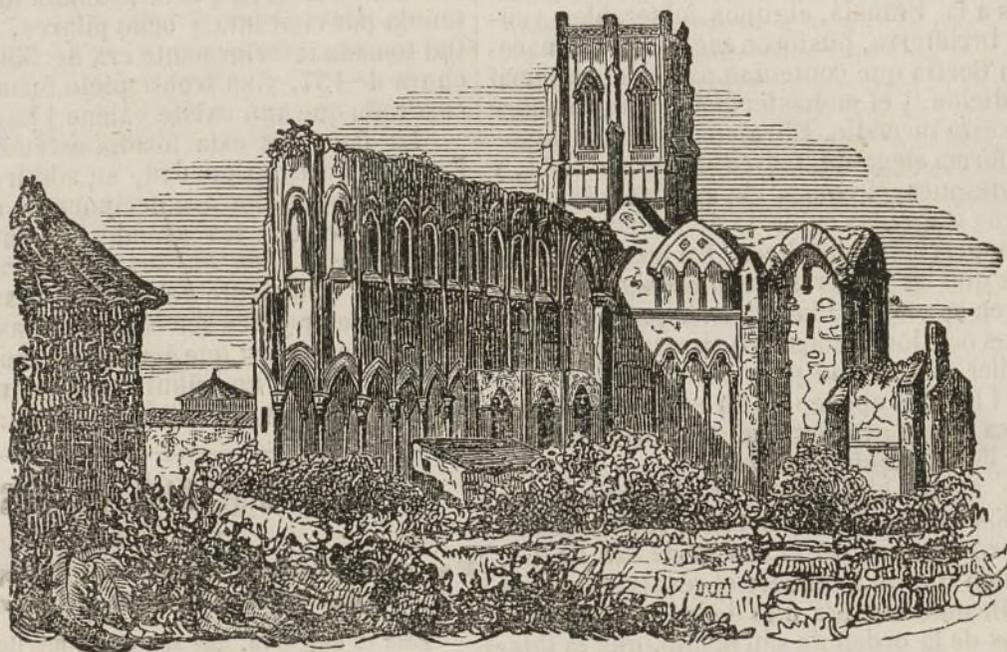
FRANCIA.—ABADIA DE S. BERTIN.

La abadía de san Bertin, cuyas ruinas existen en la ciudad de San Omer, fué edificada á mediados del siglo VII en *Sithieu*, territorio rodeado de pantanos, siendo mirada como un milagro en aquellos sencillos tiempos, la construccion de este edificio en un terreno tan poco á propósito. Los religiosos hicieron tales y tan constantes esfuerzos para desecar los pantanos, que lograron en pocos años establecer su edificio en una base sólida. Pronto se difundió á lo lejos la fama del nue-

vo monasterio, hablábase en todas partes de la virtud y saber de los monges, así como de sus muchas riquezas y posesiones. Pronto también obtuvieron de los reyes de Francia los mayores privilegios. Los antiguos moradores de aquella comarca, agradecidos á sus primeros bienhechores, no se cansaban de admirar la abadía de san Bertin, que parecía salida de las aguas, como una pequeña ciudad rodeada de sus fosos y murallas. En breve esta abadía fué solo conocida con el nombre de el *Monasterio de los monasterios*. Sus alrededores fueron por algun tiempo el punto de residencia de la familia Carlovingia, que confió á Childerico III, débil sucesor de Clovis, la seguridad de este cláustro. Allí recibió Luis el *Debonario*, la primera nueva de la rebelion de sus hijos.

Vamos á hablar de las ruinas de la antigua abadía. Preciso es remontarnos á la época de sus

primeras calamidades. El destino de las obras humanas gira en un círculo de desastres: perecen los monumentos como las manos que los levantaron: así dos veces los normandos arruinaron enteramente el monasterio de san Bertin, sin que lo grasen sofocar la naciente civilizacion, y dos veces á favor del animoso celo de aquellos solitarios religiosos, se levantó de nuevo y con mayor magestad el edificio. Fundada esta abadía en 648, entregada á las llamas por mano de los bárbaros en 861 y 881, derribada por un terremoto en 896, fué tal su adverso destino, que sufrió aun otro incendio en 1020, que la consumió casi toda en un solo dia. Reedificada por la cuarta vez conservó todo el lustre de su primitiva fama. Presenciára ya los grandes cambios verificados en la monarquía, y tuvo tal importancia, que *Valdrino Brazo de hierro*, principio del poderoso linage de los condes de



Ruinas de la Abadía de S. Bertin.

Flandes, quiso ser en ella enterrado; y que dos reyes de Inglaterra, Alfredo y Canuto, la habitaron por mucho tiempo. La historia además nos suministra varios ejemplos de edificios que se libraron del saqueo en la toma de las ciudades, así también en el saqueo de San Omer (1071) por Felipe I, fué respetado el monasterio de san Bertin. Entre los prisioneros de la batalla de Cassel depositados en el recinto de la abadía, hallábase Pedro el Ermitaño, que formaba parte del séquito del conde de Boloña, y cuyos arrebatadores acentos iban á resonar por toda la cristiandad. Diez años despues la abadía fué otra vez pábulo de las llamas; reedificáronla, pero segun los cronistas la construyeron de madera con un débil techo de bálago.

En aquellos cláustros que por largo tiempo conservaron el precioso depósito de las ciencias y conocimientos literarios de aquella época; se da-

ba instruccion á los hijos de los pobres y desamparados: el abate Suger citado cual modelo de hombres de Estado, natural de San Omer é hijo de oscuros padres, fué educado en san Bertin. El animoso Godofredo de San Omer, despues que hizo bendecir sus armas en el santuario de san Bertin, fué á fundar en Jerusalem la renombrada orden de los Templarios. A principios del siglo XIII, como la ciudad de San Omer pasase bajo la autoridad directa de los monarcas de Francia, Felipe Augusto visitó la abadía juntamente con su hijo que iba á ceñirse la corona de Inglaterra. En la misma habitaron en 1251, san Luis y la reina Blanca, confirmando entonces á los religiosos cuantos privilegios disfrutaban. Guilberto el abate cuadragesimo primero de san Bertin, conocido por el *Abate de Oro*, con motivo de las obras espléndidas que hizo ejecutar en Bélgica, emprendió la construc-

cion de una nueva iglesia en su abadía, á la que hizo obtener los ornamentos pontificales; pero su plan fué tan colosal y dispendioso, que sus sucesores no se atrevieron á concluir una obra tan magnífica. Era el refectorio uno de los mas admirables del reino, y el coro por su riqueza con ninguno otro era comparable.

Los edificios góticos mas bellos fueron hechos en el siglo XIV, pues era entonces omnipotente el clero, y no podemos negar que la arquitectura bajo su aspecto artistico fué en sus principios eminentemente religiosa: esta fué la época de la octava y última reedificacion de la iglesia de san Bertin. Un sucesor del *Abate de Oro* hizo derribar la obra colosal empezada en 1255; y en 1326, hizo echar los fundamentos del coro perteneciente á una fábrica mas humilde. La iglesia abacial se empezó en 1350. Los anales de San Omer refieren que al mismo tiempo que Juan Sin Miedo prometia devolver Calais á la Francia, algunos miserables vendidos á la Inglaterra, pusieron fuego á los almacenes de san Bertin que contenian parte del material de la expedicion, y el monasterio se resintió sobre manera de este incendio. El campanario tan famoso por su forma elegante, fué edificado en 1411, y tres años despues el cuerpo de la iglesia fué añadido con una magnífica cubierta de plomo, y se adquirió una preciosa biblioteca. En medio de las vicisitudes que las guerras traen consigo vióse la abadía, ya en la prosperidad ya en la pobreza; bien que en todas ocasiones conservó su mas digno atributo, á saber, su caridad para con los pobres. En el siglo XVI llegó al apogéo de su esplendor y gloria, y nunca fué su prosperidad mas brillante que en tiempo del dominio español.

Mas de medio siglo antes de la revolucion francesa, dos religiosos de la sábia congregacion de san Mauro fueron á ver la abadía de san Bertin, y desde luego dieron á conocer el resultado de su visita, publicando que era uno de los mas ilustres monasterios de la órden de san Benito, que la iglesia era grandiosa y espléndida, y el altar de oro con imágenes de plata dorada adornadas con piedras preciosas. Segun decian habia pintada la vida de san Benito en ventanas de madera. En el tesoro guardábase la cruz de Carlo-Magno, y en el santuario resplandecia el busto del fundador, hecho de plata dorada con adornos de diamantes: ¡cuántas riquezas habian de desaparecer! Estalló la revolucion, en 27 de mayo de 1790 se hizo inventarió de los bienes temporales de la abadía: al año siguiente se instaló un cura constitucional, que pereció en el cadalso. El 16 de agosto todos los religiosos de san Bertin se vieron obligados á abandonar sus amadas celdas despues de 1143 años de una posesion no interrumpida. En los primeros tiempos del monasterio contáronse mas de 150 religiosos, á principios del siglo XII fueron 120, número que subió mucho en tiempo del dominio español; y en la fatal época de su espulsion apenas llegaban á 50.

En los aciagos dias que siguieron á su salida, fué la abadía el asilo de los militares heridos; la gloria de la Francia refugiárase en los campos, y en efecto era muy interesante ver que aquel abandonado templo recibia los últimos suspiros de los que morian por la patria. Pronto se pusieron en venta todos los efectos del monasterio, edifiicios, tapicerías, esculturas, vidrios, cruces reales, sepulcrales adornos, todo desapareció como un relámpago, y hasta las campanas fueron destruidas para hacer de ellas moneda. Vendióse esta iglesia el 29 de marzo de 1799 como patrimonio nacional, por la suma de 120,000 francos en efectivo; adquirióla un habitante de Arras, quien no pasó un mes que ya emprendió su demolicion, esceptuando solo la torre que se conservó para situar un vigilante. Ese grandioso monumento de la arquitectura gótica formaba una cruz latina con las paredes laterales, en que se estendia una galería sostenida por cuarenta y ocho pilares, y cuya longitud tomada interiormente era de 550 pies; su anchura de 157, y su frontispicio formábalo la torre cuadrada que aun existe y tiene 175 pies de altura.

La fama de esta abadía estendiase por toda Europa, y su antigüedad, su admirable arquitectura, los señalados acontecimientos que impasible ha presenciado, los grandes personajes que en ella moraron y en fin sus considerables riquezas justifican semejante celebridad. Las ruinas que aun existen pueden ser consideradas como un modelo del arte, así que acuden en tropel los aficionados á darlas un tributo de admiracion y á lamentar allí las vicisitudes humanas.

LOS MISTERIOS DE RUSIA,

TRADUCIDOS

Por don Manuel María del Campo, abogado del ilustre colegio de Sevilla.

Esta es una obra, que aparte del mérito de actualidad, ya que tan en voga están los **Misterios**, se recomienda por su esmerada traduccion, por su belleza tipográfica, como salida de las prensas de la casa de Alvarez y compañía de Sevilla, y por último, atendiendo á su extraordinaria baratura.

Constará de tres tomos como de 350 páginas cada uno; se publica por entregas de 32 páginas en 8.º y cubierta de color, todos los domingos. Han salido ya **cinco** entregas.

Una rifa de 500 rs. en obras de fondo, terminada que sea la publicacion, y los editores garantizan el concluirla. El precio de cada **cinco** entregas en Sevilla y Cadiz será el de **cuatro** reales; y de **cinco** en Madrid y provincias en razon al franqueo.

Puntos de suscripcion en esta córte: librerías de Monier, de la viuda de Razola, y de don Dionisio Cariani, calle de Atocha, donde se reparten prospectos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
DE DON F. DE P. MELLADO.—EDITOR,
calle del Sordo, núm. 11.